

# El libro de todas las intenciones

Marin Mălaicu-Hondrari

Kleist –el más ávido de todos. Así comencé. Heinrich von Kleist– el más ávido de todos, pero al que más cariño le tengo. Me restallaron todos los huesos. Iba a escribir un libro sobre muertos. Iris me había recalado que soy «así» porque paso demasiado tiempo viviendo entre muertos. Entre embalsamados ejemplares. Llevaba años aspirando a su insensata fraternidad. Investigaba sobre armas de fuego, sogas, cortes (indispensables el estilete, la navaja, la cuchilla de afeitar), contaba las pastillas (por lo menos, veinticinco), contemplaba las aguas, aspiraba bien hondo el gas del mechero, investigaba puentes, subía a torres. No tenía la menor intención de suicidarme.

La pluma con la que escribo me la dio Iris. Su regalo coincidió con mi partida y resucitó dos de mis deseos: escribir un libro en una noche y escribir un libro sobre suicidas. Para ser sincero, no me veía capaz de cumplir ninguno de mis dos deseos; para escribir un libro en una noche no tengo fuerzas, y el libro sobre los suicidas me jugaba malas pasadas: o no me salía o me salía mal.

## Dos

Del próspero negocio de Rafael Ayuso Escobar no quedaban más que las luces, como cegadoras pruebas de su decadencia. Cinco focos e innumerables tubos de neón habían iluminado embriagadores los coches en venta, las oficinas y la caravana, pero ahora la pesada luz ya no mostraba su brillo y buen estado, sino unos cuantos trastos y lo que quiera que apareciera por allí: un recipiente para el agua de los perros, tornillos y llaves, ruedas, manchas de aceite y de vez en cuando, un vaso desechable en el que yo me había tomado un café y que me había olvidado tirado en el polvo. Durante nueve años los toldos bajo los que se alineaban los coches habían resistido al sol, al viento y a la lluvia, pero cuando cedieron lo hicieron de manera impresionante. El viento los despedazó uno tras otro, transformándolos en trozos sin ninguna utilidad.

La desolación del lugar en el que me encontraba me dominaba. Mi vida se parecía cada vez más a la de mi padre. Se había pasado años enteros vigilando silos, almacenes, haciendo planes para mis hermanos y para mí, bebiendo muchísimo. Estaba lleno de intenciones. Él es quien tendría que haber escrito un libro de todas las intenciones. De alguna manera llegó a escribir un libro parecido, pues una noche decidió no ver la mañana. Bebió coñac y se fue a dormir en el río. «Allí, el lecho no es estrecho», dice Celan sobre el cielo. Mi padre lo creyó, tal como Celan se creyó a sí mismo.

Yo era un hombre solo tomando un café frío. La enfermedad había secuestrado todos mis sentidos. El frío, el viento helado y la fría lluvia me habían hecho acatarrarme. Encerrado en la caravana, cubierto con cuatro mantas de las que me deshacía una tras otra, seguía atentamente los movimientos de la enfermedad. Cuando ya no podía ni leer, escuchaba música, apartaba las cortinillas y seguía a la lluvia escurriéndose de los coches, los pasos apresurados de los pocos viandantes, anotaba, cada vez más impasible, los daños que habían causado las inclemencias del tiempo. Era como si hubiera llegado el otoño eterno que tanto deseaba en mi adolescencia. Cuando me atrevía a salir de la caravana, los perros que habían sido mis fieles compañeros de fatiga me evitaban como a un extraño. Les habría dado unas patadas, pero estaba demasiado débil para realizar semejante esfuerzo. Estaban tan hambrientos que devastaban los cubos de basura, roían los plásticos, tragaban los estropajos. Se me pasó por la cabeza prepararles algunos restos, tenía algo de arroz, unas pieles de patata y unos cuantos trozos de pan seco, pero no me sentía con fuerzas para ponerlos a hervir, apenas si era capaz de alimentarme a mí mismo. Cuando respiraba era como si tragara un manojo de agujas. Después de cada bocanada de aire me aovillaba gimiendo de dolor. Estaba convencido de que moriría, pero pensar en la muerte me hacía sufrir porque anunciaba una imagen que temía: la muerte en la pobreza y soledad, la muerte mordisqueando un mendrugo de pan, la muerte humboldiana. Estaba abandonado: Iris, a cuatro mil kilómetros; Rafael, desaparecido. Las ratas, con sus espaldas dobladas, comenzaron a aparecer también durante el día, para asolar la cocina, no solo los coches, y

me imaginaba que no pasaría mucho tiempo antes de que atacaran la caravana en la que yo yacía enfermo, incapaz de defenderme. Que era incapaz de defenderme lo sabía desde hacía mucho, pero ahora también estaba indefenso. El único gesto que hacía con cierta firmeza era llevarme el cigarrillo a los labios.

(...)

Mi intención de escribir un libro en una noche ha de ser considerada como intento de suicidio. Anne Sexton también lo intentó varias veces. Al final, el monóxido de carbono le sirvió como materia prima para alcanzar la muerte por la que tanto suspiraba. Descanso, descanso. El cansancio de buscar el momento oportuno para escribir, la necesidad de provocarlo cuando no aparece, y el momento oportuno llega de forma cada vez más intermitente, y cuando llega es caprichoso. La enfermiza manía de dejarlo pasar. ¿Para qué tanta escritura? Terminar de una vez por todas con esta farsa... y terminar con todas las farsas. A Anne Sexton se le ocurrió comer antes de morir. Fue a comer con su mejor amiga. Masticaba por última vez. Tragaba por última vez. Se encerró en el garaje, se encerró en el coche, dejó el motor encendido. Estaba harta. En Córdoba, Andalucía, 30 años más tarde, yo escribo sobre ella. Escribo como puedo, siempre consciente de que *“suicides have a special language”* y de que este verso le pertenece a ella, a Anne Gray Harvey Sexton, la que no hizo trampas, la que sabía que los versos se acaban pagando. Y que todo es una infección.

Cinco años antes, John Kennedy Toole, cansado de seguir repitiendo a los sordos que todo es una conspiración de los imbéciles, para el coche en un aparcamiento vacío, mete un extremo de una manguera en el tubo de escape y el otro en el interior del coche. Así transforma él el monóxido de carbono en gas psicopompo. “El optimismo me da náuseas. Es perverso”. Le bastaron treinta y un años para llegar a creerse sus propias palabras.

(...)

## Tres

Recorría Andalucía. No me cansaba. Desde el momento en el que cerraba la puerta del coche y aceleraba, entraba en un trance. Era como si hubiera apretado un disparador. Soñaba con lo que escribiría una vez que me detuviera. Allí, en el coche, me volvía seguro de mí mismo y mis intenciones. Sentado cómodamente en el sillón, con los ojos fijos en la banda de asfalto, con la mano izquierda en el volante y con la derecha en el cambio de marchas, aunque era un coche automático, trabajaba con despreocupación y eficacia en mi libro, el libro de los suicidas. Escribía muchísimo. El libro crecía como un pan del que todo el mundo se podía alimentar. Dependía del balanceo del coche, de mudo deslizamiento del paisaje. Una vez que me bajaba del coche, las ideas se entremezclaban, me confundían, lo que hasta entonces había sido precisión se convertía en probabilidad, intención. Yo no escribía, yo soñaba con escribir: esto era válido tanto al volante como fuera del coche.

Había descubierto en mí un interruptor, un disparador sensible hasta al aleteo de una mosca. Llevaba conmigo una mina antipersona, cuyo detonador hacía que mi cabeza estallara y entonces se producía un fascinante vórtice de ideas. Viajaba en un vehículo onírico rebosante de suicidas. No me dirigía a ningún sitio, nada de lo que escribía iba a ningún lado. Todo se quedaba depositado en la imponderabilidad.

Ayer, a lo largo de la tarde me acompañó por una carretera secundaria Sylvia Plath - Lady Lazarus. Colocándose la falda pasada de moda y sin perder la sonrisa algo bobalicona, aprendido en Estados Unidos de vete tú a saber qué portada de revista para mujeres, aunque no tenía gran acogida en Londres, aunque se le hubiera quedado pegado a los labios después del primer intento de suicidio. También a los diez años, un intento de suicidio. No comprende muy bien qué pasa. Un día escribe un poema, Lady Lazarus:

*...Dying*

*Is an art, like everything else.*

*I do it exceptionally well.*

Ahora puede servir el desayuno a sus hijas, y después, ella, que escribe excepcionalmente bien, puede morir excepcionalmente bien. Iris sostenía que estoy enamorado de Sylvia Plath, no, mi amor falto de esperanza es por Lady Lazarus, y su muerte me asusta. No creo que me haya fascinado nunca. Me fascina solamente el poder de Sylvia Plath de vivir (y morir) en consonancia con Lady Lazarus, con su propia poesía.